

José Miguel Carrera, de PEDRO LIRA URQUIETA

Editorial Andrés Bello, 1960

I

Un país, como el nuestro, que recién conmemora un siglo y medio de vida independiente puede justipreciar con dificultad la labor que les cupo desarrollar a los emancipadores, los cuales muchas veces se desenvolvieron en medio de situaciones enteramente adversas, para poder, dentro de un tiempo prudencial exhibir sus acciones en el campo de batalla, en el terreno personal, y, en el colectivo, la palabra que tantos sacrificios ha costado pronunciar con dignidad y entereza: la libertad.

En no pocas oportunidades —y en eso nuestro país no ha constituido excepción— se pone en duda y se enloda el prestigio del cual gozaban algunos padres de la patria, basándose en antecedentes que a la luz de la buena fe y del espíritu objetivo, se desvanecen sin dificultad.

Tal es el caso nuestro. Desde el momento en que O'Higgins y Carrera aparecieron en escena, se vio con claridad que sólo uno debía permanecer en ella. Incluso, mucho después de fallecidos ambos, las luchas entre carrerinos y o'higginistas parecían no tener fin. No comprendían quienes participaban en batallas tan poco constructivas que podía hacerse justicia a un prócer, sin hacer efectivas ofensas gratuitas o menospreciar el espíritu militar del contrario. Esta lucha ha durado más de un siglo y acaso no termine nunca, y los descendientes de los que combatían en ambos frentes las proseguían con ejemplar celo y afán de discordia.

Lógicamente los partidarios de O'Higgins tenían ventajas significativas. En el plano material tenían estatuas, calles, plazas y hasta una provincia que llevaba su nombre. Carrera tenía también, pero de menor importancia. Y en el plano intelectual el primero contaba a su favor con obras históricas de innegables autoridades: Benjamín Vicuña Mackenna en el siglo pasado y en el presente Fernando Campos Harriet, Jaime Eyzaguirre y Eugenio Orrego Vicuña y tan sólo una que podríamos considerar adversa: "La dictadura de O'Higgins", de Miguel Luis Amunátegui. José Miguel Carrera tenía una sola obra de real validez "El ostracismo de los Carrera", de Vicuña Mackenna, quien, como se ve, escribió sobre ambos caudillos, y algunas otras obras de vida efímera y volandera. No poca de la aversión que se sentía por Carrera se debía a la campaña de algunas personas que a toda costa y casi por la fuerza querían concederle más de lo que merecía y para ello pronunciaban discursos, dictaban conferencias, ponían ofrendas florales con regularidad y editaban lo que con gran propiedad se ha denominado "literatura panfletaria", carente de razones de peso. Pura hojarasca. Con ello causaban mal en vez de producir bien. Allá ellos.

De lo anterior se desprende que José Miguel Carrera estaba en sitio desmedrado frente a su émulo y necesitaba una obra que lo situara en el lugar que le correspondiera, sin ruindades de ninguna especie.

Así lo comprendió el ilustre humanista jurisconsulto Pedro Lira Urquieta, quien escribió como homenaje al Sesquicentenario una magistral semblanza que ha reivindicado al prócer de golpe y para siempre, situación que muchos se han complacido en desconocer, pero que de ahora en adelante, aunque mal que les pese, tendrán que aceptar.

Incluso a regañadientes.

Nadie con mayor autoridad que don Pedro Lira Urquieta para emprender una obra de tan intenso contenido histórico y literario. Autor de reputados estudios jurídicos, uno de los cuales sirvió de Prólogo a los 2 tomos que las Obras Completas de don Andrés Bello (edición de Venezuela) dedicaron al Derecho Civil, profesor de esa misma asignatura en ambas Universidades, Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales de la Universidad Católica de Chile, autor de la mejor biografía que se conoce entre nosotros del sabio venezolano, viajero perspicaz que en tres obras ha reproducido sus impresiones más relevantes de Europa y América, biógrafo feliz de media docena de personalidades de la docencia, las artes y las letras, Secretario Perpetuo y sostenedor de la Academia Chilena de la Lengua, miembro de la Academia Chilena de la Historia y correspondiente de varios Institutos lingüísticos e históricos, todo hecho escrupulosamente y a conciencia, el señor Lira Urquieta estaba en posesión del espíritu de "strictu juris" por una parte y de una objetividad notable por otra, para llevar a feliz término una empresa de esta índole. Los resultados —de más está decirlo— son más que halagadores.

El señor Lira Urquieta estudia a José Miguel Carrera desde su llegada a la patria después de estar tres años combatiendo con el ejército español contra la invasión francesa. El motivo de su regreso fue el haber sido herido de cuidado. Sin embargo, meses más tarde dio un golpe de estado que le entregó el mando supremo. Lo ejerció con gran dinamismo y de este modo se crearon el Instituto Nacional, la Aurora de Chile, se establecieron relaciones diplomáticas con Estados Unidos y se puso en vigencia en Reglamento Constitucional de 1812, pero no obstante se le criticó por haber compartido demasiado el gobierno con extranjeros, como el chuquisaqueño Jaime de Zudáñez (a quien errada e infundadamente se le atribuyó la paternidad del Catecismo Político Cristiano) y el cónsul norteamericano Robert Joel Poinsett, quien llegó a proponerle un acabado reglamento constitucional para su inmediata aplicación. Más tarde, en vísperas de la Reconquista, se le acusó de haber querido abandonar a O'Higgins en el sitio de Rancagua, acompañado de su hermano Juan José Carrera y otros oficiales. Nada más falso.

Dice al respecto el señor Lira Urquieta: "Sencillamente se produjo un malentendido y una lamentable tardanza del Comandante en Jefe" (pág. 69).

A los pocos días sobrevino la huida a Mendoza, en razón del avance realista, y allí, San Martín, a la sazón Gobernador de la provincia, prefiere a O'Higgins que a Carrera; no mucho más tarde Luis Carrera

mata en duelo al General Mackenna, gran amigo de O'Higgins, lo que agrava más las relaciones entre ambos caudillos de la emancipación chilena. Dos años más tarde, mientras don José Miguel se encontraba en los Estados Unidos, negociando la posibilidad de enviar una escuadra que libertara a Chile, parte de allende los Andes la Expedición Libertadora a nuestro país, dirigida por San Martín y O'Higgins. Al primero de ellos se le ofrece el mando, una vez triunfante la causa patriota, pero lo rehusa y en vista de eso O'Higgins lo asume de inmediato.

II

Una vez en posesión de él, sabedor de la prisión de los hermanos Juan José y Luis Carrera en Mendoza, "a quienes se le había sorprendido conspirando", le dirige una comunicación a San Martín en la que le expresaba textualmente: "Un ejemplar castigo y pronto es el único remedio que puede cortar tan grave mal: desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de América" (pág. 87).

En efecto, la implacable y poco cristiana sugerencia de O'Higgins tuvo el resultado esperado: la muerte de ambos patriotas, el 8 de abril de 1818. En esa ilícita ejecución tuvo papel decisivo un gestor de apellido Montegudo, que estaba al servicio de San Martín.

Al padre de los Carrera, don Ignacio, se le cobraron con evidente oprobio algunas cuentas insolutas de la ejecución de sus hijos. Abrumado por aquello, falleció no mucho después de eso, y 4 días después del desaparecimiento de tan ilustre patricio —quien integró, como se recordará, la Primera Junta Nacional de Gobierno, razón por la cual fue desterrado por los realistas a Juan Fernández—, fue asesinado en Til Til el guerrillero Manuel Rodríguez.

Todos los enemigos de la dictadura iban desapareciendo. El último fue José Miguel Carrera, quien dirigió durante un tiempo montoneras contra el gobierno de Argentina, con la intención de pasar luego a Chile y que fue asesinado —esa es la palabra— a los 36 años en Mendoza.

Dijo Mitre al respecto: "Carrera era la víctima propiciatoria de la alianza chileno-argentina", a lo que se agrega el testimonio de San Martín, quien lo calificó "como un hombre sin espera", y el de Vicuña Mackenna: "le faltó una cualidad esencial que sube a los encumbrados puestos del poder: la paciencia". He ahí tres opiniones tan autorizadas como significativas.

Ahora bien, veamos de qué factores provenía la odiosidad que se tenían O'Higgins y Carrera. Sin ánimo de entablar polémicas y después de un estudio minucioso he llegado a la siguiente conclusión: a la diferencia de posiciones de todo orden que existía entre ambos próceres. Eran polos opuestos por entero.

O'Higgins como se sabe era hijo ilegítimo del Virrey don Ambrosio, al cual dirigió numerosas cartas en diversas épocas de su vida, las que jamás tuvieron respuesta. Sus relaciones con él se vieron agravadas por

los frentes en que actuaban: el realista y el patriota. Lo que no obstó para que en su oportunidad persiguiera el título de Marqués de Osorno que su padre poseía.

Carrera pertenecía, en cambio, a la aristocracia y había nacido en cuna ilustre.

O'Higgins se encontraba disminuido frente a su rival, por lo menos en ese terreno. El lo sabía y estuvo dolido de las comparaciones que se hicieron en más de una oportunidad. Una vez en el poder (1817-1823) encontró oportunidades para tomar represalias contra la misma aristocracia que lo había exaltado a esa dignidad. Ellas consistieron en la abolición de los escudos de armas y de los títulos de nobleza.

O'Higgins era de ascendencia irlandesa, los cuales "odian de manera implacable y franca" —apunta Pedro Lira Urquieta (pág. 23)—, en tanto que Carrera era de estirpe hispana. Las diferencias entre una y otra raza son inmensas, pero ambas tienen conjugado un elemento: la pasión.

Bernardo O'Higgins pudo impedir la muerte de los hermanos Carrera. No lo hizo. Temía —y con razón— en la audacia de sus émulos. Se aferró al mando supremo como nadie lo ha hecho en nuestro país. Ciertamente es que su Ministro Rodríguez Aldea tenía considerable influencia sobre su carácter y hasta le fabricó una Constitución para perpetuarlo en el poder. Mientras tanto, él aprovechaba. Hubo de renunciar cuando ya la situación era insostenible, pensando tal vez que la ingratitud de sus compatriotas les impidió apreciar lo que había realizado, sin sopesar las medidas que habían irritado a la sociedad que dirigía, con descarado nepotismo, que también ejerció Carrera en su oportunidad. En su voluntario destierro en Montalbán permaneció 19 años y en una ocasión rechazó la oferta que le hizo el Mariscal Santa Cruz para que dirigiera una expedición contra Chile, durante la guerra que se sostuvo contra la Confederación Perú-Boliviana. El General Freire desempeñó una misión similar. Su resultado: pena de muerte, conmutada luego por el destierro a Australia.

III

Los héroes de la emancipación americana se han dejado dominar, casi sin excepciones, por la ambición, lo que lleva a la incomprensión y a la ingratitud. En Chile los hermanos Carrera y Manuel Rodríguez, asesinados y don Bernardo muerto en el destierro; San Martín no lo pasó mejor en Boulogne-sur-mer; Sucre encarcelado hasta su muerte; Morelos en México, fusilado; Bolívar, muerto en medio del mayor desengaño. A qué seguir.

Juzgar a un prócer y a sus actuaciones, siempre discutibles, es, sin duda, delicado.

Pedro Lira Urquieta —premunido de las cualidades que anotábamos más arriba— llega a la conclusión que José Miguel Carrera fue un gran patriota, un militar valiente, un gobernante sin odios marcados, un polí-

tico de primer orden, un caudillo "atrevido e incauto, precipitado y variable", y, sobre todo, un individuo que, conociendo las cualidades de mando de que estaba investido, no quiso esperar. La impaciencia por las grandes causas hace perder las normas más elementales de la prudencia.

José Miguel Carrera fue un emancipador que debe, en justicia, ponerse en igual escalafón que O'Higgins. Ambos, por sobre todo, eran patriotas y anteponian cualquiera cosa al servicio de la causa y de la Patria.

Saludemos, pues, la magnífica obra del señor Lira Urquieta, como una de las más valiosas y relevantes que aparecieron el año pasado y agradecemos la objetiva y brillante biografía que nos ha brindado en el momento de cumplirse el sesquicentenario de nuestra independencia, en un momento en que se vislumbran para nuestra Patria las esperanzas más venturosas.

TOMÁS P. MAC HALE

Un hombre en la trampa, de CLAUDIO GIACONI, Editorial Zig-Zag, 1960

La discutida generación del 50 tiene algunos valores innegables. Entre ellos, se destaca nítidamente Claudio Giaconi, el laureado autor de "La difícil juventud" y "El sueño de Amadeo", que ahora se nos presenta como ensayista con su magnífica obra "Un hombre en la trampa" (GOGOL), en el que analiza con admirable agudeza y evidente espíritu de estudio y de investigación, la vida y obra de Nicolás Gogol, una de las figuras más apasionantes de la literatura rusa del siglo XIX.

Según las palabras iniciales de Claudio Giaconi, "conociendo a Gogol se conoce a Rusia". Es un acierto. En efecto, a través de las caudalosas páginas de "Las almas muertas" o de "Taras Bulba", podemos descubrir, mediante un simple proceso de asimilación literaria, diversas facetas del alma compleja y atormentada del pueblo ruso, en la que se advierte una confusa mezcla de misticismo exacerbado y lujuria incontrolada.

El autor de "Un hombre en la trampa", utilizando un lenguaje cálido, expresivo y de fácil comprensión, nos presenta a un Gogol "eternamente insatisfecho, ajeno a los grandes triunfos que obtienen sus obras". El aspecto físico del genial escritor ruso no es muy halagüeño: "Un hombrecillo desvaído, taciturno, tímido, de piernas cortas y de nariz muy larga, lo cual le daba una apariencia algo cómica". Otro testigo lo describe como un "hombre enclenque, pálido, de bigotito, ojos oscuros y penetrantes y una extraña afectación al andar".

No obstante esos deplorables retratos físicos, ese "hombrecito tímido y enclenque" es, o fue mejor dicho, junto con Puschkin y Dostoiewsky, uno de los más firmes y preclaros pilares de la literatura rusa del siglo pasado. Giaconi, escritor bien dotado y de aguda penetración psicológica,